

Desde la Biblioteca “Justiniano Turizo Sierra”

ANTOLOGÍA DE CUENTOS, RELATOS CORTOS, POEMAS
Y ENSAYOS DEL CLUB DE LECTURA ALEBRIJES

DOI: 10.24142/unaula.n45a14

“La lectura es el único medio a través del cual nos deslizamos,
involuntariamente, a menudo sin poder hacer nada, a la piel de otro,
a la voz de otro, al alma de otro”

Joyce Carol Oates

La siguiente antología es testimonio del talento literario de nuestros estudiantes, egresados y empleados que hacen parte del Club de Lectura Alebrijes. En abril de 2023 nos unimos alrededor de la palabra y dos años después se ha convertido en más que un espacio: es una eterna invitación a abrazar la lectura en sus diversas formas, colores y sombras. En estos dos años hemos tenido la oportunidad de leer y el privilegio de compartir, reflexionar, aprender y habitar universos distópicos, utópicos, románticos, filosóficos, morales, feministas, históricos y otros tantos, producto de la creatividad e imaginación humana. Este espacio nos ha demostrado que la lectura, al igual que la vida, se disfruta más en buena compañía.

En los siguientes textos, los lectores tendrán la oportunidad de encontrar reseñas, poemas, cuentos, relatos cortos y ensayos que reflejan

la sensibilidad y el talento literario de nuestra comunidad universitaria. Estos textos son testimonios de los caminos que hemos recorrido y que se han bifurcado y por fortuna encontrado gracias a la pluralidad que nos hace humanos. Sea esta pues una invitación de habitar nuestra biblioteca y estos espacios que, como faro en la niebla, nos recuerdan el significativo valor de la lectura en nuestras vidas: avanzar en nuestro viaje personal en la búsqueda eterna del sentido de la vida.

• • •

Aris Daniela Palacios Lozano

Egresada de Derecho

Las estrellas Negras de Arnoldo Palacios, reseña literaria

En 1971, antes de publicar su libro, Arnoldo Palacios viajó al Chocó para comprobar si las condiciones que había descrito seguían vigentes. Lamentablemente, si Palacios estuviera vivo hoy, podría regresar al territorio y constatar que muchas de esas realidades no han cambiado: la desorganización en la plaza de mercado, la normalización de la violencia cotidiana, las escasas oportunidades para que los jóvenes se realicen, el deplorable estado del saneamiento básico, entre otros aspectos. La subjetividad de *Irra* representa a toda una población y expone lo que significa ser una persona negra en Colombia. La profundidad psicológica del personaje es un reflejo directo de vivir en una comunidad marcada por la exclusión geográfica y cultural; una exclusión que, de forma simultánea e involuntaria, forja en el personaje tanto una conciencia étnica como una opresión interiorizada.

Además, la escasez crea un estado de supervivencia en el que emergen nuestros deseos más oscuros y pensamientos más profundos e inimaginables. Se convierte en ese escenario que justifica nuestras acciones más atroces, donde la necesidad legitima el crimen y hasta el anhelo de morir para, al menos, poder comer gusanos en la tumba.

«No había comido nada, cierto... ¡Maldita vida! ¿Por qué no se moría? Era preferible morir. Al menos la muerte ofrecía la oportunidad ineludible de comer barro y gusanos bajo la tumba». (p. 78)

Irra se llenaba de resentimiento al ver que una minoría blanca tenía una posición social y económica más favorable, mientras él caminaba sin descanso en busca de trabajo, con los pies adoloridos y el estómago vacío. Vagaba todo el día por las calles, y al caer la noche llegaba a su casa para pedirle a Jesús que no lo dejara morir en medio de tanta miseria.

Ni el paso del tiempo ha causado en la comunidad una preocupación colectiva por sus condiciones, hay quienes experimentan la violencia en la piel y aún creen que se trata de un asunto lejano, ajeno, y tolerable. También hay quienes históricamente se han aprovechado de esta situación para desaparecer y emplear de forma particular los recursos que llegan a la región.

Considero urgente, robustecer la resistencia y consolidar espacios educativos y de unión, perseguir la esperanza, construir dimensiones y bases éticas sólidas que nos lleven a la responsabilidad política en nuestra toma de decisiones; asumir el futuro del territorio como si la justicia fuera nuestro objetivo vital, que la transformación sea un motor de nuestro progreso moral y no menos importante, hacernos cargo de la construcción de una conciencia colectiva muy fuerte desde sus cimientos alimentada por los fundamentos que originan la violencia y la pobreza. El compromiso que alcancemos puede salvarnos de lo peor, aún no lo conocemos, por todos los Irras que habitan el mundo.

En medio de la protesta, el autor hace una exaltación al “chocoñol” que, sin duda, da un lugar de enunciación y existencia a las comunidades étnicas en el país, considero este un aporte invaluable a la construcción de la memoria histórica de lo que somos como comunidad afrocolombiana. El “chocoñol” como agente comunicativo hace una reafirmación a nuestra identidad y dejando a un lado la caricaturización a la que se ha expuesto históricamente nuestro acento. Incluso, se proporcionó al lector un diccionario de las palabras que usamos en nuestra cotidianidad, una protesta contra la colonialidad lingüística que nos enseñó hace un tiempo que el único conocimiento válido era el eurocéntrico.

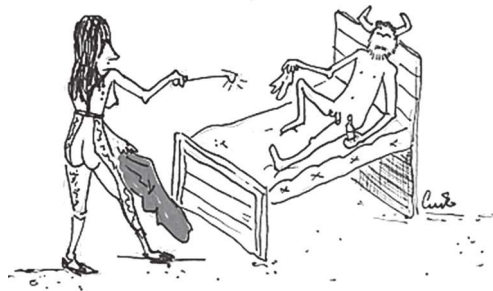
• • •

Carlos Alberto Cueto Escobar

Egresado Licenciatura en Ciencias Sociales

Cambio de tercio

Para Elizabeth Zuluaga



En la arena o en la cama siempre se encuentra un final.
No te olvides el de varas, banderillas y matar.

El primer tercio: Varas.

El ulano desde la altura hace magia con la vara, pone distancia entre su vida y la del ejemplar.

Se vale de unos metros para coquetearle al toro, lo reta, lo tienta, lo punza.

Ahí termina la primera parte, aún no hay contacto físico y ya se encuentra un animal cansado y herido, pero no de muerte.

Segundo tercio: Banderillas

La pálida Verónica se pinta los labios de rojo y sobre el lomo del animal comienzan a caer nuevas puyas: recuerdos, palabras, canciones y miradas. Este es el tercio del desconcierto y la condición, entre sus faldas o faroles, chicuelinas y tafalleras se despliega el mostrarse y ocultarse “dar capote” que le llaman.

Tercer tercio: Muerte

El diestro lleva la suerte envainada y su mérito termina en dónde empiezan las astas. Ahora, sí se dió una buena Lidia y el público quedó en barandas solo resta un par de suertes, dos finales para el alba.

El Cadalso: si la Lidia estuvo buena pero no alcanzó a excelente, el animal fue decente y cumplió con la jornada. Se va sin pena ni gloria, pero se va con la espada.

El Indulto: Si el toro es de fina estampa y el de luces se ha lucido, se dice la fiesta brava. Tanto ha luchado en la arena que merece continuarla.

En la arena o en la cama siempre se encuentra un final.

No te olvides el de varas, banderillas y matar.

Por lo menos la osamenta



Por si no vuelven tus pasos,
ni en los extremos tus brazos,
y de tus besos no encuentre.

Por lo menos la osamenta.

Sobre rodillas buscando,
te levantaré en mis manos,
y por las calles gritando:
“No los hemos olvidado”

Pluviofilos



Los únicos que se alegran cuando llueve son:
los vendedores de paraguas,
una o dos parejas de enamorados
y las plantas, pero no los cactus.

• • •

Dora Inés Mejía

Empleada Biblioteca Justiniano Turizo Sierra

AMOR INCONDICIONAL

Eran las tres de la madrugada, un amanecer como cualquier otro. Un ladrido agudo me despertó sobresaltada. Fui directo a la ventana, a pesar de estar lloviznando, se veía en la mitad de la calle una bicicleta, una persona manejándola y una caja atrás con algo que parecía una cobija que algún día fue de color blanco. Sin embargo, miré alrededor de la calle o al menos lo que cubre mi ventana que es amplia y el perro que había ladrado no aparecía, me acosté nuevamente. Más tarde, mientras hacía las cosas antes de salir de casa, escuché un ladrido, varios ladridos, miré a través de la ventana y vi que la bicicleta seguía en el mismo lugar y debajo de la cobija que había visto en la caja se encontraba un perro de color beige que estaba esperando a su amo que no se veía por ahí...

Pasó el tiempo, ya eran las 5:00 a.m más o menos. Empezaba el desfile de todo el transporte automotor por la calle Colombia con Tenerife, mientras seguía realizando algunas cosas antes de irme. Se escuchó un frenazo en seco de un carro y unos gritos, al mirar la escena era terrible, debajo de las llantas de un bus se encontraba el perro del cual he hablado, a su lado su amo, abrazándolo y llorando. Varias personas observaban con tristeza el momento. Al parecer el perro al ver a su amo que regresaba se lanzó, con tan mala suerte que el bus que venía lo atropelló. Las personas lo trataban de consolar, las lágrimas empezaron a brotar por mi cara. Ya había parado de llover. Unas semanas después al mirar por el balcón del apartamento vi la misma bicicleta y de ella se bajaba el mismo

señor, se inclinó hacia la calle y se dio la bendición. ¡Qué lealtad! ¡Qué amor hacia su mascota! Luego miré la parte de atrás de la caja, vacía, completamente vacía... como su corazón... pensé.

• • •

Juan José Narváez Ángel
Estudiante de Derecho

Lluvia Celestial

Las luces reflejadas en el lago que susurran el misticismo de la vida
La sensualidad en el baile de las gotas cayendo a la luz del faro
O el gélido viento acariciando los edificios y su cabellera ámbar
Reencontrar patrones en las estrellas que ordenan el cielo
¡**A**h y su beldad y su perfume!
¡**R**eorganizan la estética de la vida!
Porque aunque te estás yendo, aún guardo tótems que te reviven
El amor no puede ser tímido —si lo es, no es amor—
Su pompa lo hace auténtico e intenso
Ante tu rostro —que es el mío— me inunda ese festival que inequívocamente me delata
(Dentro de un día o dos, será demasiado tarde)
O la finura de tu piel impoluta, tus labios rosados y tu sonrisa y tus ojos
y tu figura y tú

Me invade el aroma a frutos rojos con un trasfondo jabonoso y almizclado

¡El accesorio que cierra con rotundez la profundidad de su carácter!

Como no es punzante, me retiene. Es delicado—tanto ella como el perfume—

A esos frutos exquisitos se les contrapone la personalidad de quien los emana: ella es severa; es

tajante; es fría... y aún así se complementan entre sí

No es tarea fácil explicar cómo son amantes secretos ella y su fragancia; son un magnífico

espectáculo de sensaciones que se destruyen mutuamente, y por eso viven

Ignoro si la incomodé con mis inusuales fijaciones

Como sea, seguí caminando con afán de atrapar símbolos

Olfateé más magia secreta, igual de atractiva

Y cuando encontré aquel piano con las notas derramadas

Largo como mis brazos abiertos y tan grande que no era capaz de ver qué hay detrás

Acerqué mis dedos a las teclas, olvidadas por otras almas que las animaban de antaño

Rogué a mi musa que me guíe —¿pero quién era realmente?—

Gané, porque te encontré en la armonía

O creí hacerlo. Ya no estabas conmigo y no sé cómo revertir ese intercambio maldito

• • •

Juan José Narváez Ángel

Estudiante de Derecho

Pensamientos de un hombre (des)afortunado

«Él siente culpa, él vive torturado
Él no es tan inteligente Él nunca avanza, camina de costado
Él tiene miedo a su mente».

–Charly García

N. caminaba de vuelta a su casa. Con el gélido viento rozando su cara a eso de las 6:00PM se sentía satisfecho con lo que hasta ese entonces había sido su vida; ¡qué alegría la de vivir y encontrarse de cara tantos colores! Su entorno era dominado por tonos fríos: nubes azules sobre el cielo azul que se introducían en el iris de N. Él no tenía nada en particular por hacer, solo quería caminar y contemplar su entorno. Lo que típicamente se trataría de identificarse con la Naturaleza funcionaba de manera diferente en N.: él no era tan sensible, pero, sabía que el mero hecho de estar vivo lo embriagaba de una alegría indecible; esta experiencia tangible era todo lo que él conocía y la muerte era inconcebible. Encontraba música en el mutismo de la vida. Como algún libro del que alguna vez escuchó un capítulo titulado: «la música de la ruina». Era ignorante, sí, no sabría diferenciar un cuadro impresionista de uno expresionista, pero esta experiencia común que es saberse con vida bastaba para llenar su corazón. Caminaba con paso apresurado, pero con gracia, había algo de sublime en su andar, caracterizado por brinquitos que daba por no apoyar primero el talón.

Sintió una agitación dentro suyo cuando, de manera fortuita, se encuentra a L. Él se detiene un segundo, abre sus ojos porque no estaba seguro de que ella sea quien es, como si despertara de un sueño muy largo y al ver las primeras luces del día se encandilara. L. estaba sentada en las escaleras, revisando el celular. N. se dispone a saludar pero se llenó de tristeza y conmoción cuando al decir su nombre, fue ignorado. Quiso escapar de ahí, solo siguió caminando. A medida que se alejaba de L., seguía pensando: ¿sí era verdaderamente ella? Sí, de eso no hay duda, ¿por qué ella no lo saludó de vuelta? Ellos estaban en buenos términos, no se veían desde hace meses. Él en el fondo se llenó de alegría al ver una cara conocida en medio de la calle. Lo pensó varias veces. Siguió pensando y volvió a pensar, pero sus pies tenían más voluntad que su mente

Kilómetros más adelante, apareció S.: alguien más del pasado de N. Nuevamente fue ignorado, se sentía como un hombre invisible, dejado de lado por el mundo. Nuevamente escapó del lugar, seguía andando y el colapso vino cuando en cada carro que pasaba por la autopista él creía reconocer cada placa. Esos malditos caracteres quemaban sus pupilas; las letras negras sobre el amarillo lo perturbaban, abría sus ojos, mientras cerraba su mente. Con suspicacia llegó a estas maquinaciones: primero lo ignoraban y ahora todos estaban detrás de él. En cada placa de carro creía reconocer los viajes que pidió meses atrás, cada carro, según N., lo perseguía. ¿N. fue olvidado y dejado atrás o ahora él estaba por encima de los demás y todos lo anhelaban? Cada placa, cada persona detrás de él. ¡Qué afortunados ellos de encontrarse con alguien como N.! ¡Alguien tan ocupado e interesante!

N. nunca salía ni demasiado tarde ni demasiado temprano de su casa; gafas puestas, perfume atomizado, solo vagaba por el mundo. ¡Qué mala jugada tener que ponerse la máscara de la simpatía para saludar a

esos perfectos miserables! ¡Seres diminutos e insignificantes! Finalmente, N. está de vuelta en casa. Vuelve al olvido, vuelve a una casa solitaria en la que la sombra se alza sobre él; solo su mente lo acompaña verdaderamente. ¡Ah, su mente, maldita sea! N. siguió intentando descifrar si esos conocidos sí eran en efecto quienes él creía que eran. Pero aquellos otros individuos estaban en cosas más importantes. ¿Quién se molestaría en pensar esos detalles luego de tanto tiempo? ¿Las placas de los supuestos automóviles que lo acosan?: Todo eso era irrelevante. Desde luego que solo un personaje como N. seguiría pensando en eso. Lo único que salió de esa experiencia fue un cuento titulado «Pensamientos de un hombre (des)afortunado» que N. pensó y escribió.

• • •

Juan Pablo Arroyave Ramírez

Estudiante de Derecho

Gigante dormido

La oscuridad a tu alrededor es absoluta. No distingues siquiera el contorno de tu propio cuerpo, aunque escuchas el flujo de tu sangre a través de este túnel rocoso. Desesperada, corres con la fuerza de quien necesita una salida urgente. Andas kilómetros sin tomar siquiera un descanso, encandilada por la penumbra.

Un rayo de luz asoma por una grieta, pero eso no te da esperanza. Sabes que, aunque alguien se diera cuenta de que estás allí, sepultada, nadie podría sacarte. Afuera suenan autos. De pronto pasa un camión y todo a tu alrededor retumba. Tiembles de frío y rabia, pero no paras de correr. Tú la que les diste vida, y ellos te encerraron aquí.

Fantaseas con una tormenta, el éxtasis de sus gotas llenándote de ímpetu. Con tu espíritu inundado romperías la grava de las calles, ahogarías las alcantarillas, y llegarías hasta las tumbas de tus captores. Tus aguas se tragarían esos restos descompuestos, consumando así tu venganza.

Pero, por ahora esperas como un gigante dormido, Santa Elena. Sigues corriendo. Incluso cuando se apagan las farolas, dejan de sonar los autos, y toda la ciudad entra en un sueño profundo. Permaneces en movimiento, acechando entre las rocas, hasta el día en que puedas recuperar aquello que fue tuyo.

• • •

Juan Pablo Arroyave Ramírez

Estudiante de Derecho

El mito antioqueño

Todo era mentira.
Estas montañas siempre han sido una cárcel,
y la libertad un perfume barato
para cubrir este hedor a sangre.

El sol se escondió hace mucho entre la azulada esfera,
de los hombres que con armas hicieron temblar esta tierra.
El huracán ya no silva,
pues no hay tal libertad, ni tampoco selva.

El hacha que los mayores
nos dejaron de herencia,
dio un último golpe seco
contra una fosa en la tierra.

Todo, siempre fue mentira.

• • •

Karen Dalila Zapata Maldonado

Estudiante de Derecho

OTOÑO

Caminaba por el parque, era otoño.
Habían cientos de hojas cubriendo el suelo que pisaba.
Rojas, naranjas, amarillitas.
Había poca gente.
Cada uno en lo suyo, nada extraño para ella.
Nadie se daba cuenta de lo triste que se sentía.
Nadie podía, solo ella.
Se sentía devastada.
La recordaba.
Recordaba su sonrisa, su cabello al viento, sus ojos grandes y hermosos,
sus pestañas.
Ella ya no estaba.
La recordaría siempre.
Su amor... su amor había acabado.

Ella se había marchado.
 Todo se había marchitado.
 Se sentó en una banca, estaba abrigada, de repente surgió un recuerdo.
 En su cabeza todavía escuchaba esa voz diciéndole: “hace frío, abrigate,
 por favor”.
 Sonrió por automaticidad, por anhelo, por memoria, por melancolía.
 La había perdido, así como esos árboles estaban perdiendo sus hojas.
 Justo en otoño las hojas van cayendo al son del viento.
 Miraba al frente, perdida, ¡ay!, el recuerdo.
 Para qué sirve el recuerdo sino para hundir su dedo en la herida.
 Encendió un cigarrillo.
 No es usual en ella hacerlo, no es fumadora recurrente.
 Pero es una melancólica de cuerpo y alma.
 El recuerdo se desvanece poco a poco.
 El cigarrillo también.
 Bota la colilla.
 Se levanta.
 Sonríe con tristeza a la nada.
 Se va.
 ¡Ay!, el recuerdo -piensa-.
 Mira al suelo.
 Se agacha y recoge tres hojas: roja, naranja y amarilla.
 Las observa detenidamente.
 Las contrasta.
 Ella no es de las que pasa de largo.
 Tanto en tanto se detiene.
 Observa, aprehende y sigue.
 No tiene prisa, va sin afán.
 Piensa y sonríe esta vez con perspicacia.

Regresa a su casa.
Nadie ha dicho que los árboles no vuelven a florecer ¿verdad?
El otoño cede, le da paso al hielo del invierno y luego la primavera
regenera lo perdido, lo olvidado, lo marchito.
Así como su alma.
Así como ella.
Así como en la vida.
Así es su vida.

• • •

María Antonia Sierra Monsalve

Egresada de Derecho

En descendente espiral

Era la segunda vez en ese año que debía mudarme, a esa etapa de mi vida le llamaba la época camaleónica. En la mudanza anterior había decidido llevarme todo sin revisar ninguna de mis cosas, decidí considerar que todo era importante y reiniciar en una nueva casa con los espíritus antiguos de la vieja. Esta vez estaba convencida que era la última mudanza en mucho tiempo. Por lo que me propuse reservar un fin de semana para revisar caja por caja, diario por diario, cajón por cajón. Esta revisión me devolvió un furor juvenil que sentí que había perdido, la mezcla de sentimientos subieron a mi cabeza, recorrieron todo mi cuerpo y se convirtieron en lágrimas. Descubrí en uno de esos escritos la repetición de una palabra una y otra y otra vez: SOLA, en mayúsculas, en minúsculas, horizontal, vertical, combinada. En ese momento intentaba recordar a qué obedecía tal obsesión hasta que me encontré el siguiente acróstico

Sentir tu
Olor perdido es una
Laguna de
Abismos inexplorados

Ese juego que consideraban infantil era para mí en ese momento la mejor forma de vagar entre los pensamientos que me llevaban a ti. Ese día decidí escribir sobre la imagen borrosa que aún tenía de ti, decidí encontrar en los rincones las razones o como prefiero llamarlo las sinrazones de nuestra despedida. Lo cierto es que ese sentimiento de soledad que recorre mi cuerpo hoy en día me transporta a aquella época en la que tu decisión determinante de ponerle fin a mi estadía en tu vida hizo que dentro de mí se derrumbaran los muros de la presencia. Sola, tal cual como me siento ahora, tal cual como me sentí en ese momento, pero en definitiva es una “sola” distinta; sigue siendo una “sola” sin ti pero es una “sola” distinta. Hoy me reencuentro por el campo de experiencia que fueron aquellas primeras veces y que, aunque quiera negármelo, fueron aquellas últimas veces en las que sentí pasar realmente por mi cuerpo el amor, este mismo gesto. Escribir es el más grande consejo que algún día me diste para liberar mis sentimientos, es un homenaje al difuminado recuerdo de aquello que creo que eras y de aquello que creo que te has convertido.

Significante sin significado en mi caso significado sin significativo, 20 páginas 30 páginas y aún utilizo cada una de ellas para escribir esta palabra de cuatro letras SOLA así fue sentir la indiferencia al dolor y la indiferencia entre la realidad de lo que estaba pasando. Ha pasado tanto tiempo ya, que hoy me pregunto si en verdad fuiste real o tanto solo un producto de la imaginación y de la debacle de mis pensamientos. Llevo 5 días sin tomar mi medicamento y apareces por todos lados, necesito

saber si fuiste o no real, espero que no haya sido solo producto de mi mente.

En fin. Esta vez debo mudarme a un lugar más pequeño no querrás saber que es un cuarto de pequeñas paredes, en un sitio en que nos abrumamos unos a otros cada día. Allí compartiré mi espacio con muchas personas de las cuales dicen que están en situación anormal, de locura o en una irregularidad psíquica. Mi madre insistió que esta vez la atención debería ser de un siquiatra. No me cabe duda de que después de esta decisión cada uno de mis últimos recuerdos será revisado, hoy debo decirte adiós a ti y a lo que me recuerda a ti y al último rastro que me queda de tu existencia en mi vida. Si han de apoderarse de mí tendrán que hacerlo sin el recuerdo de tu fuego en mi mirada.

• • •

Santiago Bustamante Aguirre.

Estudiante de Derecho

Vas a echar raíces

«Vas a echar raíces si seguís así» Le decía doña Lucia a su hijo, pues lo único que hacía era mirar a la nada en el día y en la noche, como si planeara algo que jamás llegaría

«A ver si con tanta pensadera se pone a estudiar o algo», Diego no estudiaba ni trabajaba, poco le interesaba aquel mundo en el que los individuos producen y transforman deslumbrantes materiales. No tenía ningún fin más allá de mirar el techo o la ventana que permitía a los tiernos rayos del sol entrar. Sin embargo, aquel modo de vivir trajo una esencia extraña e incomprensible que inundó todo su ser.

Al principio, estúpidamente, pensó que era su imaginación y que su mente solo trataba de levantarlo. Pero un día se percató de algo que le heló la sangre, de sus pies brotaban pequeñas raíces blancas que se incrustaban en su cama, similares a una planta que busca la tierra. Sin embargo, que nadie se deje engañar por el tamaño de las raíces, pues poseían una sobrenatural fuerza que impedían a Diego levantarse, yacía prisionero, pues una fuerza le impedía comentárselo a alguien más.

Doña Lucia, inquieta, presentía que algo andaba mal, su hijo no se levantaba ni a comer, solo pedía agua y se quedaba horas viendo las luces del resplandeciente sol. Ya ni sabía Doña Lucia si ella misma estaba alucinando pues creyó ver en la piel de Diego un tono verdoso. Se imaginó como poco a poco se parecía más a una planta que a un humano, no se comunicaba ni profería palabra alguna; sin ella saberlo las blancas raíces seguían creciendo a gran velocidad.

Un mes transcurrió para que el castigo de Diego continuara. Le empezaron a crecer pequeñas ramas en las orejas, los dedos de las manos y en la espalda. Su madre, ya desesperada, acudió a su vecina para que le ayudara, pues se decía a voces, que era diestra en el oficio de curar extraños males.

Al ver a Diego como un árbol pronto a crecer, le dijo a doña Lucia «Poco a poco se convierte en un árbol por tanta pereza que hace, traiga unas tijeras podadoras, vamos a cortar esas raíces», con unas grandes tijeras intentaron cortar las fuertes raíces, sin embargo, al tratar de cortarlas, la imponente tijera se rompió. Pasado esto, la vecina llamó por el balcón a los hombres más fornidos que por allí pasaran para intentar arrancar a Diego por la fuerza. Cuatro hombres intentaron con todas sus fuerzas liberarlo, pero lastimosamente fracasaron.

«Alguna esencia que me es por completo desconocida lo convierte en un árbol como penitencia por su inagotable pereza—Dijo la mujer—pues es mejor *producir* ya sea bien o mal, que no hacerlo.

«Tendrás que colocar tierra bajo él, echarle agua y dejar que el sol lo alimente con su divinidad. De otro modo, marchitará y morirá».

Así, doña Lucia, estuvo cuidando del árbol que era su hijo, echándole, de a poco, tierra y agua. También abrió un espacio en el techo de la habitación permitiendo la entrada del sol. Estaba extremadamente afligida, pues veía como su único hijo desperdiciaba su vida convirtiéndose en un árbol por culpa de la incomprensible divinidad.

Las reuniones familiares se volvieron más frecuentes en su hogar. Nadie lograba entender como un joven se convertía en un árbol a tanta velocidad y con tanto descaro, por lo que servía como entretenimiento para discutir sobre como había ocurrido y que se podía esperar. A este punto, Diego ya era un robusto árbol con grandes ramas decoradas de bellas hojas. Aquel rostro juvenil no se perdió, pues su silueta estaba en medio del tronco, recordando que el árbol fue un humano alguna vez, por más perdido que se pudiera creer.

Transcurrían las semanas y el dolor de doña Lucia persistía, pero algo más llegó para aumentar su pena, pues de las ramas del árbol nacieron unas hermosas flores. Flores moradas que nadie había visto jamás y que a todos conmovió por su color. Aquellos que las vieron derramaron sensibles lagrimas sobre el árbol. En ese momento Lucia se dio cuenta que su hijo no tendría salvación.

La sufriente Lucia poco pudo ver aquellas flores. Cayó en cama por el implacable dolor de ver a su hijo tan horriblemente transformado. Tal fue su sufrimiento, que le arrebató su vida. El mismo día que ella murió, todos vieron como de los ojos del árbol caía una oscura savia.

Tras la trágica muerte de doña Lucia, la familia se dividió las tareas y tiempos para cuidar del árbol. Pocos sabían que no tenía buen destino. Pasado un tiempo las melancólicas flores se marchitaron una a una, igual a una epidemia que arrasa ciudades. A las flores le siguieron

las secas hojas que colgaban de las ramas. Tenía una apariencia tan deprimente y lúgubre que aterrorizaba a todo el que lo viera. Mucho permaneció así, hasta mostrar un oscuro color en su figura, color que señalaba su muerte. Nadie logro creer lo que paso después, el rostro se borró del tronco y, poco a poco, el árbol se convirtió en ceniza... hasta desaparecer por completo.

FIN

• • •

Cristian Martín Cabezas Torres

HOMBRES Y MUJERES DE JEANS AZUL

Salió caminando
 su jean azul claro y su hermoso rostro alumbraban como
 la luz del medio día que se acercaba
 su cabello largo y el reflejo en sus pechos eran pulcros todo
 lo contrario, a lo que llevaba en su brazo izquierdo

a medio camino
 bajó la bolsa transparente,
 se remangó el pantalón;
 mientras se aseguraba que una motocicleta vecina sin roce alguno,
 pasara por la angosta acera
 Acera compartida que desemboca en la calle principal.

Solo hacia esa calle principal
 mis ojos la podrían observar.

Tomó de nuevo su bolsa transparente
portadora de actividad humana
y bien campante continuaba
su misión,
mi objetivo era desmentir mi hipótesis
pero la ansiedad aumentaba
mientras ella se acercaba
al final de mi horizonte
mi corazón palpitando aceleraba
su actividad mientras ella arrojaba
con energía y sin importancia desechos
que un día fueron su sustento.

Mi hipótesis era cierta: mis vecinos no botan la basura en los tanques
contenedores al cual se llega descendiendo 200 metros al final de la
acera angosta sino que en su prisa la arrojan en un espacio baldío en
donde la acera abraza a la calle principal, ahí, vehículos,
buitres y personas son testigos de cientos de hombres y mujeres de
jeans azul que aportan como papa a la uramba bolsas que poseen más
bolsas, chuspas repletas de residuos
inorgánicos y orgánicos para crear el peor de los compostajes.

Entiendo que la caneca gigante está a varios metros,
entiendo que ya había mucha más basura en el lugar,
entiendo que nadie corrige esa acción
ni existe un letrero de prohibición con
ojos grandes que amenacen la acción
de los transeúntes.
más bien, “se lavan motos aquí, arroje la basura allá”

sé que no puedo esperar demasiado
de un sistema social que duerme y deshumaniza a hombres
y mujeres de jeans azul; por consiguiente
las personas rebeldes,
llenas de esperanza, desobedientes
deben unirse, multiplicarse,
inspirarse e inspirar
lo que ellas ya son:
artistas por convicción

Ábran más libros
creen más
canciones,
compongamos más himnos,
toquemos los saxofones,
que la poesía haga
presencia mientras el
arte impone lo que la
sociedad calla
lo que el capitalismo propone

Que me llamen loco, desadaptado, profesor fuera de tono payaso
que pierde el tiempo, entusiasta desobediente sin tempo
continuaré mi enseñanza con arte como consonante rimante
tomándome los espacios, reaprendiendo, en el camino del caminante

